

NECESIDAD DE ATAR OTROS CABOS

Resumen: Las causas de la expulsión de los miembros de la Compañía de Jesús de los dominios españoles en 1767, el papel desempeñado en ella por el Conde de Aranda y, sobre todo, el destino del sacerdote jesuita Antonio – Benito Romeo Morcillo (misionero español residente en Sonora cuando se produjo la orden de extrañamiento) son las cuestiones sobre las que Pacheco Albalate plantea un intercambio de puntos de vista con Jesús Jáuregui y Laura Magriñá, a propósito del artículo publicado por ambos en la revista *Espiral*, de la mexicana Universidad de Guadalajara. La propuesta de diálogo se extiende a los hechos en cuestión y a sus explicaciones así como a la metodología seguida para conocerlos y analizarlos.

Palabras Clave: Antonio-Benito Romeo Morcillo, Conde de Aranda, El Puerto de Santa María, expulsión de la Compañía de Jesús, Sinaloa y Sonora.

Abstract: The reasons for the deportation of the members of the Company of Jesus from the Spanish dominions in 1767, the role played by the Count of Aranda and above all the destination of the Jesuit priest Antonio – Benito Romeo Morcillo (Spanish missionary living in Sonora when the order of banishment took place) are the matters Pacheco Albalate proposes for an interchange of points of view with Jesús Jáuregui and Laura Magriñá, regarding the article published by both of them in the magazine *Espiral* from the Mexican University of Guadalajara. The proposal of debate is extended to the facts in question and their explanations as well as to the methodology followed to know and analyze them.

Key words: Antonio-Benito Romeo Morcillo, Count of Aranda, El Puerto de Santa María, deportation of the Company of Jesús, Sinaloa and Sonora.

La revista de investigación científica *ESPIRAL*, de la División de Estudios de Estado y Sociedad del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara (México), inserta, en su volumen X, número 28 (2003), un documentado, argumentado e interesante artículo titulado “Atando cabos... El jesuita de la provincia mexicana que logró escapar de la expulsión de 1767 se refugió en el Nayarit” de Jesús Jáuregui y Laura Magriñá. Él, doctor en antropología y ella, etnohistoriadora –unidos ambos por el interés que despierta en ellos el estudio de la tribu amerindia de los coras que habitaban, y lo siguen haciendo, la sierra de Nayarit–, sobre la expulsión de los jesuitas de las misiones mexicanas de Sonora, Sinaloa y del propio Nayarit, así como la posible repercusión de estos acontecimientos en la guerra de

* Grupo de Estudios Históricos Esteban Boutelou, de la Universidad de Cádiz.
Fechas de recepción y aceptación del texto: 9-IV-2007 y 11-V-2007.

Independencia de 1811, y el singular acontecimiento acaecido en esta sierra tras la partida de los jesuitas en 1767, tomando como punto de partida las memorias del abogado tepiqueño Francisco José Zavala y Santa María (1840-1915), quien en su libro “Ratos perdidos”, publicado anteriormente en 1903, incluye un singular relato bajo el título de “Un placer”, que da pie al cualificado trabajo de ambos investigadores.

En la primera parte del documento, a modo de presentación de lo que es el tema fundamental, se estudia todo el proceso de extrañamiento de la Compañía de Jesús de las posesiones del más ilustrado, pero a la vez más despótico de los reyes borbónicos españoles, Carlos III. Se estudian las supuestas causas de tal decisión, y digo supuestas porque al día de hoy, realmente, aunque se han expuesto diferentes razones o pretextos para la toma de esta decisión, que pueden estar más o menos cercanos a lo que la motivó, no se ha conseguido saber con exactitud, con documentación que lo avale, a qué se debió. Nosotros también nos atrevemos a presentar nuestra hipótesis, manifestando que no fue una sola la causa, sino la conjunción de varias lo que hizo pensar a la corte real, a los ministros y allegados, que éstas pondrían en dificultades al rey español. Sobre todo, pudo tener un protagonismo especial todo lo relativo a las regalías, a las relaciones iglesia – estado, dónde el cuarto voto jesuítico de obediencia al Papa antes que a cualquier otra autoridad, en una monarquía absoluta, cuestionaba la propia autoridad real, actitud inaceptable.

Igualmente, y dentro de tan acertadas exposiciones, somos disconformes sobre lo que se expone con respecto a la figura de Pedro Pablo Abarca de Bolea y Ximénez de Urrea, conde de Aranda. Se cita y asevera, siguiendo una cita de Mateos (1967: viii), que fue el “[...] verdadero autor de la expulsión de los jesuitas”, y nosotros compartimos esta afirmación en tanto en cuanto fue la mente que diseñó un meticuloso y casi perfecto plan de actuación, pero disentimos si se piensa que de él partió la idea de extrañarlos, que fue el enemigo principal de la Compañía. Él tenía vínculos familiares muy profundos con los jesuitas,¹ y procuró, dentro de lo que pudo, prestarles su ayuda. En El Puerto de Santa María, junto al conde de Trigona, Gobernador Político Militar de la ciudad, quien igualmente los tenía, y al marqués de la Cañada, que representaba al Cabildo a petición de ambos, prestaron un singular amparo a todos los jesuitas americanos. Cuando los religiosos exiliados no tenían salida a sus múltiples problemas, el último clavo ardiendo al que se asían fueron estos tres personajes. Es más, se enfrentaron al Intendente de Marina de Cádiz cuando éste, siguiendo ordenes del

1 OLAECHEA, Rafael S.J. (1964: 157-234).

Secretario de Marina e Indias Julián de Arriga, y de los propios ministros Campomanes y Grimau, intentó embarcar a los jesuitas americanos para Italia en cualquier navío, sin acondicionarlos, de cualquier modo, sin escolta, en condiciones infrahumanas.² Además, si no hubiese sido por el propio marqués de la Cañada, Guillermo Tirry, los jesuitas hubiesen pasado muchas más calamidades de las que tuvieron que soportar. Él, al no existir fondos en la ciudad para la alimentación de los expulsos con lo que producían las temporalidades, y no remitírseles la hacienda real, aportó los suyos propios, esperando que algún día se le devolvieran, restitución que tuvo que pleitear no recibéndola en vida, pues se resolvió en contencioso con él ya muerto, cuando le fueron devueltos a su viuda en 1780.³ El P. Antonio López de Priego,⁴ que estuvo en El Puerto, en el diario de la expulsión que dirigió en 1785 a una hermana suya religiosa,⁵ veía así a Aranda y a otros personajes:

“Era, como digo, según el humor del que fue a arrestarlos; pues lo que vimos allá, y hemos visto acá después, los principales en esto nos miraron siempre con caridad, y atención arreglados a la mente de S.M. Así lo hizo allá el Sr. Virrey, el señor Visitador, y otros, acudiendo con cariño, a cuanto se le suplicaba. Aquí no se han hecho recursos, ni súplicas al conde de Aranda, que no venga despachada.”

En el estudio realizado se analiza, principalmente a partir de fuentes documentales de aquel lado del océano, la partida de los hijos de San Ignacio de las tierras novohispanas, de las misiones que con anterioridad hemos citado, su concentración en San José de Guaymas, donde debieron pasar ocho meses en una situación lastimosa, su llegada al puerto de San Blas tras una travesía de veintitrés días, fruto de las corrientes marinas y de los vientos, cuando lo esperado era que fuera de cinco o seis, su llegada a Tepic, de aquí a Ixtlán del Río, de donde

2 PACHECO ALBALATE, Manuel (2006: 49-95).

3 A.H.N.: Clero, Jesuitas: Leg.: 454, Exp. 2, fol.: 176. Junta de Temporalidades nº 164 de 10 de noviembre de 1780

4 Antonio López de Priego: natural de Puebla de los Ángeles, nacido el 8 de febrero de 1730, ingresó en la Compañía el 3 de abril de 1751. Profeso de 4º voto. En el momento del extrañamiento se hallaba en el Colegio San Francisco Javier de Puebla, embarcando en Veracruz para La Habana en el bergantín San Francisco Javier. En noviembre de 1767 llegó, enfermo, a dicha ciudad ingresándosele en el convento de Belén, de donde partió, en la urca “La Peregrina”, el 24 de diciembre de 1767 para arribar a la bahía gaditana el 30 de marzo de 1768, pasando a El Puerto de Santa María el 8 de abril, donde se le tomó filiación.

Archivo Histórico Nacional, Madrid: A.H.N.: Clero, Jesuitas: Legajo: 826, Exp.:5.

Archivo General de Simancas: A.G.S.: DGT: Inventario 27, Leg.: 1.

5 CUEVAS, Mariano S.J. (1944: 38).

empezaron a realizarse pequeñas expediciones, envíos de regulares, que atravesaron la Sierra Madre en sus vertientes occidental y oriental para pasar del Pacífico al Atlántico con el objetivo de hallar el puerto de Veracruz para embarcar y arribar a La Habana e iniciar la navegación oceánica en busca de El Puerto de Santa María, y en esta “Caja” de concentración esperar la nueva partida para las posesiones papales en Italia. Si me he detenido algo más de la cuenta en este relato del trayecto, no ha sido sin intención, como veremos más adelante.

La narración novelada de Zavala, que según los autores del artículo corresponde a unos hechos reales pero que pueden parecer ficción, describe cómo un español, Rafael de Lebrija, que había intervenido en la batalla de Trafalgar como tripulante del navío San Antonio, aparece en escena como recaudador de impuestos de la ciudad de Tepic, a las órdenes del guerrillero mexicano cora Manuel Lozada (1828-1873), apodado el *Tigre de Álica*, quien había organizado guerrillas, desde el bando conservador, contra los liberales dentro de la guerra civil nacional que tenían dichos partidos, y con el fondo del escenario representado por las confrontaciones entabladas entre la *Casa Barrón* y los *Castaños* que comerciaban con los productos que arribaban al puerto de San Blas en el galeón de Manila.

En cierto momento Lebrija y sus correligionarios tienen un enfrentamiento, en campo abierto, con sus contrarios, quienes en la refriega los rodean. Al verse en tan delicada situación, y observar que los suyos van cayendo heridos o muertos, huye internándose en lo más recóndito de la sierra de Nayarit o Álica en busca de salvación. Caminando, alejándose, obviando cualquier encuentro humano, medio desfallecido y extenuado, cuando y donde menos podía esperar, halla un pequeño refugio, un chamizo de piedras y ramas secas, y en su interior a un anciano de larga barba blanca, educado y de buenos modales que lo aloja, le atiende, le cura las heridas y le ayuda a reponerse del lamentable estado en que se encontraba. Estaba, según palabras del propio Lebrija a Zavala, ante el padre Jacinto, un ermitaño, anacoreta, adaptado a la soledad, y a sacarle a la tierra lo escuetamente necesario para su supervivencia, no obstante tener conocimientos sobre dónde hallar negruzcas piedras que, fundidas en pequeños hornos de barro que aprovechaban la fuerza del viento, daban una excelente plata, o dónde encontrar pepitas de dorado metal reluciente: de oro. No es esto cosa que pueda extrañar porque en el extremo suroeste de la sierra de Nayarit, en la sierra de Acatlán, se encuentran importantes yacimientos de oro, plata y plomo.

Pero lo más interesante de todo este relato es que el padre Jacinto, como así se hacía llamar este personaje, era jesuita, y como quiera que en la región había estado la Compañía de Jesús con sus misioneros, Jesús Jáuregui y Laura

Magriñá han ido atando cabos y más cabos para ver quién era realmente este ignaciano, pues bien podría ser uno de los misioneros que no acataron las órdenes de Carlos III y se internó, y refugió, en lo más profundo de la abrupta sierra.

Después de concienzuda investigación, de analizar los diferentes embarques y expediciones que se formalizaron, de analizar todos los misioneros de Nayarit, Sonora y Sinaloa, llegaron a la conclusión de que este jesuita era el padre **Antonio Benito Romeo Morcillo**, natural de Corella (Navarra), nacido el 31 de octubre de 1729, jesuita desde el 7 de junio de 1749, quien en el momento del extrañamiento se encontraba en la misión de Sonora.

Esta es la conclusión final de su excelente trabajo, pero aún quedó un pequeño cabo suelto porque el tal padre Jacinto no fue realmente el padre **Antonio Benito Romeo Morcillo S.J.**, porque éste embarcó hacia el exilio en Veracruz, en la urca sueca “Princesa Ulrica” que arribó a La Habana el 1 de diciembre de 1768⁶, para el 4 de marzo del año siguiente de 1769 embarcar de nuevo en la urca San Julián, que le condujo a la bahía gaditana, llegando a sus aguas el 26 de abril, y al Hospicio de Indias de El Puerto, donde quedó prisionero y se le tomó filiación, tres días después.⁷

Nada más fondear en las aguas de la bahía, el capitán de la urca mandó comunicación de su arribada al marqués del Real Tesoro, Presidente de la Real Audiencia y Casa de la Contratación de Cádiz, como era preceptivo, y le adjuntó la lista del pasaje que portaba, que correspondía a veinte regulares, ocho de Sinaloa y doce de Sonora.⁸ El presidente, a su vez, confeccionó una nueva lista y la remitió a El Puerto al Conde de Trigona, quien siguiendo la cadena le ordenó al marqués de la Cañada, que conjuntamente con el escribano procedieran a tomarle filiación a cada uno de ellos.⁹ Esta filiación es la que hemos hallado, demostrando efectivamente que el padre Romeo no pudo ser el eremita padre Jacinto.

6 A.G.S.: Secc., Marina, Leg.: 724.

7 A.H.N.: Clero, Jesuitas, Leg.: 827, Exp.: 4.- (Ver anexo nº 1)

8 SINALOA: Padres Juan Francisco Acuña de Mendieta, Francisco Javier Anaya Maldonado, Juan Antonio Cedano de Vargas, Jorge Fraideneg, José Lorenzo García Jiménez, Julián José Salazar Burelo, Juan Lorenzo Salgado de Rojas, Antonio Ventura de San Juan, todos nacidos en México a excepción del último que era natural de la propia ciudad de Cádiz. SONORA: Españoles: Padres Miguel Almela Aparicio, Antonio Agustín Castro Cabello, Alonso Espinosa Múgica, José Garrucho Mazolo, Benito Romeo Morcilla, Juan José Tejedor Panadero; Mexicanos: José Neve Cornejo y Carlos de Rojas de Montes; Del área de influencia alemana: Francisco Javier [Paver] Bauer Omax y Jacobo Sedelmayr. Los dos restantes misioneros de Sinaloa y los nueve de Sonora, que habían quedado en Veracruz, llegaron a la bahía gaditana el 17 de julio de 1769 a bordo del bergantín francés “El Aventurero”.

9 Ver anexo nº 2.

Y el error es bien comprensible, porque fueron muchas, muchas las listas que se iban confeccionando. Los padres jesuitas, aunque se les trató en bastantes ocasiones como bultos, como “manifiesto de carga” para muchos capitanes de navíos, eran personas que padecían, que enfermaban, que morían, y las listas eran cambiantes continuamente. Primero se buscaba el barco que debía transportarlos, y la oficialidad indicaba, con el acondicionamiento previo, el número máximo que podía admitir; con estos datos las autoridades confeccionaban el rol de los que iban a embarcar, y se lo entregaban al capitán. Pero como entre la confección y la partida pasaban varios días, en ocasiones semanas, y el estado de salud de los expulsos, muy debilitados, era cambiante, enfermaban no pudiendo viajar, había que rehacer la relación incluyendo a otros que se habían repuesto de sus dolencias, o que habían quedado en lista de espera para embarcar. Es muy frecuente que en el listado de jesuitas que llegaban a Cádiz, y que entregaba el capitán del navío al Presidente de la Casa de la Contratación, vengan tachados varios nombres, con una nota final que indica que estos quedaron en puerto por enfermos o muertos, y se embarcaron otros; es más, incluso en los agregados en el último momento aparecen también variaciones. Todo esto sin contar los múltiples errores, como aparecer un mismo jesuita en dos barcos diferentes, o contabilizarse un número distinto al que era en realidad.

Toda vez que este grupo de misioneros padeció múltiples peripecias en su viaje al exilio, tanto por tierra como por mar, como expusimos al principio, no es descabellado pensar que en una de estas etapas, al confeccionar estas relaciones, se extravió el nombre de Antonio Benito Romeo Morcilla, y no apareció de nuevo hasta que se le toma filiación por el marqués de la Cañada en El Puerto

Aunque más le hubiese valido el haberse fugado, el no regresar a la tierra desde la que había partido a evangelizar el nuevo mundo siendo muy joven, porque el fin que le esperaba no era nada halagüeño, no tuvo ni la dicha de navegar por el Mediterráneo en busca de las posesiones papales. En esta ciudad a orillas del río Guadalete, en el piso superior del Hospicio de Indias, quedarían presos entre 1769 y 1775 todos los misioneros de Sonora, Sinaloa (treinta y uno) y cinco de Chiloé, para, a partir de esta fecha, conducírseles a diferentes conventos de la geografía española peninsular hasta el momento de su muerte. Estos jesuitas presos, jamás supieron por qué se les tenía confinados, de qué se les acusaba, aunque todo parece, según información que me ha facilitado la profesora doña Inmaculada Fernández Arrillaga de la Universidad de Alicante, que se encuentra estudiando el tema,¹⁰ a quien agradezco su gentileza, que fue una operación de Estado para presionar a María Teresa de Austria, quien oponiéndose a

10 Conferencia impartida en el Aula de Historia “Menesteo” de El Puerto de Santa María el 20 de abril de 2007, bajo el título “Exilio y prisión de jesuitas ultramarinos en El Puerto de Santa María (1769-1775)” por la Doctora doña Inmaculada Fernández Arrillaga.

la supresión de la Compañía, pedía información sobre los delitos cometidos por los jesuitas, sobre todo por los pertenecientes a su área de influencia centroeuropea. La corte española pensaba actuar al estilo de como lo había hecho Pombal en Portugal, consiguiendo del Papa Clemente XIII la extinción de la Compañía de Jesús, a lo cual no era proclive este papa.

En El Puerto, en el Hospicio, murieron los Padres Carlos de Rojas y José Neve, los restantes murieron en diferentes conventos, que fueron sus presidios, fuera de esta ciudad. El jesuita navarro padre Antonio Benito Romeo Morcillo, fue trasladado desde el mismo hospicio al convento de Arco de San Camilo, en Navarrete (Logroño)¹¹, falleciendo sin encontrar la libertad el 3 de mayo de 1799.¹²

Por último, hay que indicar que los autores del estudio que comentamos estuvieron muy cerca de la realidad, cuando sopesaron la información que “Zambrano” aportaba sobre el padre Romero,¹³ a partir de la Biblioteca Nacional José Martí de la Habana: “1767[...] salió de Veracruz para Habana en la urca Princesa Ulrica, y de allí pasó a España en la urca San Julián”. Esta era la información real, la buena, y no la que aportaba Decorme, en su obra inédita sobre *Los jesuitas mexicanos desterrados en Italia. 1767-1839*, en que venía a indicar que tanto el padre Luís Vivas como Benito Romero andaban por México en 1769.

BIBLIOGRAFÍA

- CUEVAS, Mariano S.J. (1944): *Tesoros documentales de México. Siglo XVIII. Priego, Zelis, Clavijero*. Editorial Galatea, Higinio Arias Urzay. México, p. 38.
- OLAECHEA, Rafael S.J. (1964): “En torno al exjesuita Gregorio Iriarte, hermano del Conde de Aranda”. *Archivum historicum Societatis Iesu*, nº 23, pp. 157-234.
- PACHECO ALBALATE, Manuel (2006): “El Puerto en el extrañamiento de los jesuitas españoles en 1767”. *Revista de Historia de El Puerto*, nº 36, pp.: 49-95.

11 Statni Oblastni y Litomerich, Zitenice (República Checa), S.O.A., Caja 36/RIMG0012 a 15. (Datos aportados por Inmaculada Fernández Arrillaga)

12 Archivo General de la Nación, Buenos Aires: Secc.: Reales Cédulas exp. (Datos aportados por Inmaculada Fernández Arrillaga)

13 Como las filiaciones las redactaba un auxiliar del escribano, y siempre atendiendo a la pronunciación, en algunos documentos aparece “Romero” en vez de “Romeo”. Nosotros hemos analizado la caligrafía de su firma, como se puede observar en el anexo nº 1. en que se ve claramente que su apellido era “Romeo”.

ANEXO N° 1

Filiación en El Puerto de Santa María del Padre Antonio-Benito Romeo Morcillo.

P. Benito Romeo C. P. Benito Romeo, natural de la Ciudad
 de Cozella, Reyno de Navarra, hijo de
 Gregorio Romeo y de D^a Isabel Morcillo
 Noble como lo son sus Padres, nació el año
 de mil setecientos veinte, y nueve: entró
 en la Comp^a el de setecientos quarenta
 y nueve en la Provincia de Camilla, prin-
 cipio su Nunciado en Villa Rica de Campo
 y concluyó en el de Tepozotlan, Reyno
 de Mexico p. donde se embarcó en
 Union y salió de la Bahía de Cadix;
 estudió Filosofía en el Colegio del Sr. Defen-
 so de Puebla, Theología en el Altísimo
 Colegio del Sr. Pedro, y Fr. Pablo de Mexico.
 Tuvo intercessiva provada en el de Espi-
 rito Santo de Puebla; Operario en la Casa
 profana de Mexico: Misionero en
 Culiacan de la Compañia por un año; despues
 en la de Tlaxcala, donde fue ayud. de D^o Sa-
 roco, en la de Huasteca: Misionero
 en la prim^a mision de Sonora donde se
 hallava en la actualidad, sacando pro-
 feso de la quaxta votta como asi lo ma-
 nifiesta y lleva el su nombre, con el Sr.
 Altar de la Cañada, q. se halla presente
 en el Puerto de Sta. Maria en veinte y nueve
 de Abril de mil setecientos setenta y nueve

Antonio Benito Romeo
 (Firma)
 D. Romeo

ANEXO N° 2

Auto del Gobernador Político Militar de El Puerto de Santa María, Conde de Trigona, al Comisariado Marqués de la Cañada, para que tome filiación a los padres jesuitas recién llegado de Sonora y Sinaloa.

✠

Para despachos de oficio quatro

**SELLO QVARTO, AÑO
MIL SETECIENTOS Y
SENTA Y NVEVE.**

Auto. En la Ciudad de San Pedro de San Juan, Manila
en veintete y ocho de Abril de mil setecientos
sesenta y nueve, el Sr. Conde Trigona, Gobernador,
Político, y Militar de ella, dió y mediante
á haver llegado á ella Misioneros de Califor-
nia Sonora, y Sinaloa, vecinos Regulares
de la comp. del nro. Sr. Jesus q. se hallan
depositado en la Casa Hospicio q. fue de los
mismos Regulares, se hace preciso proce-
der, á tomarlos sus filiaciones, y p. ello se
mandó sepase oficio al Sr. Marq. de la
Cañada p. su avercia de ellas, practicando
la via perdida. El tiempo: así lo proveyó
y firmó y selló de marq. arriba, por el Sr. D. Juan
de Dios de la Cruz, Comisariado.

D. Juan de Dios de la Cruz
Comisariado

